

JOSÉ JAVIER ABASOLO

DEMASIADO RUIDO



erein

DEMASIADO RUIDO

18

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1. edición: Marzo de 2016

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Itxaropena

© José Javier Abasolo

© EREIN. Donostia 2016

ISBN: 978-84-9109-083-0

D.L.: SS - 371 / 2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JOSÉ JAVIER ABÁSULO

DEMASIADO
RUIDO

ereín

— Índice —

1. Siete meses antes de la muerte del mendigo	7
2. Tres días antes de la muerte del mendigo	13
3. Cuarenta y cinco días después de la muerte del mendigo	33
4. Cuatro años y dos meses antes de la muerte del mendigo	39
5. Cincuenta y siete días después de la muerte del mendigo	47
6. Nueve días antes de la muerte del mendigo	55
7. Tres años y siete meses antes de la muerte del mendigo	77
8. Siete días antes de la muerte del mendigo	87
9. El día de la muerte del mendigo	99
10. Sesenta días después de la muerte del mendigo	111
11. Siete días antes de la muerte del mendigo	117
12. Dos días después de la muerte del mendigo	135
13. Cinco días después de la muerte del mendigo	157
14. Veintinueve meses antes de la muerte del mendigo	165
15. Cinco días después de la muerte del mendigo	175
16. Sesenta y tres días después de la muerte del mendigo	187
17. Ocho días después de la muerte del mendigo	205
18. Veintitrés meses antes de la muerte del mendigo	219
19. Diez días después de la muerte del mendigo	231
20. Catorce días después de la muerte del mendigo	245
21. Dieciocho días después de la muerte del mendigo	253
22. Trece meses antes de la muerte del mendigo	273
23. Diecinueve días después de la muerte del mendigo	283
24. Veinte días después de la muerte del mendigo	297
25. Treinta días después de la muerte del mendigo	321
26. Veintiún días después de la muerte del mendigo	329
27. Setenta y ocho días después de la muerte del mendigo	337
28. Veintiún días después de la muerte del mendigo	347

29. Ochenta y cinco días después de la muerte del mendigo	363
30. Veintiún días después de la muerte del mendigo	375
31. Ciento doce días después de la muerte del mendigo	397
32. Ciento doce días después de la muerte del mendigo	405

1

SIETE MESES ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO



La niña tenía un aspecto angelical. Unos ojos verdes intensos, una cabellera rubia, una expresión de inocencia total y una sonrisa de ésas que derriten el corazón más frío. Lo malo es que ése era su aspecto en el primer fotograma. Luego, todo cambiaba. Los ojos los tenía tan llorosos que no podía distinguirse de qué color eran, el pelo en completo desorden, su rostro infantil lleno de contusiones y una expresión que indicaba terror, un terror profundo e incomprensible, un terror producto del choque con el lado más oscuro de los adultos, de aquellos adultos que han olvidado que alguna vez fueron niños o que tal vez nunca lo fueron.

¿Quién puede ser capaz de hacer eso a una criatura?, se pregunta el hombre entre sollozos desesperados. Y enseguida le llega la respuesta: tú, tú eres el culpable de todo eso. Toca la pantalla del ordenador, como si con eso pudiera también acariciar el rostro de su hija, pero sabe que es en

vano, que ella ya no está, que ya nunca estará más con él. Y se siente culpable porque en el fondo piensa que es el único responsable de lo que ha sucedido. Y por duro que parezca, en cierto modo tiene razón.

Tendría que haberlo previsto, pero como siempre le perdió su exceso de confianza en sí mismo, su vanidad de pensar que iba un paso por delante de los demás, su creencia de que quienes habían sido sus compañeros, sus amigos, no iban a cometer la iniquidad de cebarse en su familia. Una cosa son los negocios y otra muy diferente la familia. Pero, apostó y perdió. El problema es que esa apuesta no era como las de los casinos, en las que se gastaba diez mil euros sin despeñarse, sabiendo que al día siguiente, con una buena operación bursátil, recuperaría la cantidad perdida. El problema consistía en que apostó por la vida de su mujer y su hija y la suerte le volvió la espalda. Y ninguna operación en el mercado de valores iba a traérselas de nuevo.

Sigue mirando una y otra vez, hipnotizado, la pantalla del ordenador. Nunca ha creído en premoniciones, pero cuando vio que tenía un mensaje de procedencia desconocida un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Algo va mal, pensó. Y aunque en esa ocasión habría deseado equivocarse, no lo hizo. Algo iba mal, muy mal, terriblemente mal.

Vuelve a abrir el vídeo que ha recibido, por milésima vez. Pero por mucho que le de al “play” o al “stop” la secuencia no cambia. Allí están su mujer y su hija, llamando

desesperadamente a su aita¹, pero su aita no está, ha preferido jugar al superhéroe o al vengador justiciero antes que cumplir con su principal obligación, proteger a su familia. Y allí está también esa mano, una mano sin ninguna característica destacable, sin ningún detalle que pueda delatar a su propietario. Una mano que empuña un cuchillo con el que parsimoniosamente, como si se regodeara en lo que hace, va cercenando los cuellos de su mujer y su hija. Parece uno de esos terroríficos vídeos propagandísticos del Estado Islámico, pero él sabe perfectamente que quien empuña el cuchillo no es musulmán. O, en caso de serlo, lo que hace no tiene nada que ver con la religión, sino con los negocios, con los putos y malditos negocios.

No aguanta más y estrella el portátil contra la pared de la habitación del hotel en el que se ha refugiado. El dolor es insoportable, pero ya no le quedan lágrimas en los ojos ni insultos en la boca. Llamarles hijos de la gran puta, cabrones sin corazón o asesinos de mierda no sirve para nada. No pueden oírle y si le escucharan esos insultos, y otros más fuertes que acaba de inventarse, no les afectarían lo más mínimo. Como mucho se sonreirían cínicamente antes de dar, sin odio ni ánimo de venganza, simplemente con frialdad profesional, la orden de que acabaran con él de una puta vez.

No sabe por qué ni a dónde se va a dirigir, pero de repente siente la necesidad de salir del hotel, de escapar de

1 Padre en euskera.

esas cuatro paredes que, en lugar de un refugio, han sido el cadalso en el que se ha enterado de su sentencia de muerte. Porque está muerto, lo sabe. Que ande, que mueva los brazos para abrir la puerta de la habitación, que sus ojos alcancen a ver dónde están situadas las escaleras, no son más que gestos mecánicos. Lo mismo podría ser un zombi, un muerto viviente, sin llagas ni purulencias externas, pero con una mirada vacía que está proclamando a gritos que sus llagas y purulencias internas son mucho más dolorosas y profundas que las que nadie jamás haya podido conocer en la vida.

Ha salido del hotel sin un objetivo fijo, tan sólo con la idea de huir, huir, huir. Huir a ninguna parte, huir sin rumbo, simplemente huir, olvidarse de las imágenes que acaba de ver, olvidarse de que su mujer y su hija ya no existen, de que las han matado por su culpa. Huir y olvidar, olvidar y huir. Pero es imposible. Sabe que vaya donde vaya, esas imágenes, esos recuerdos, viajarán con él, seguirán unidos a su piel.

Sólo hay un modo de escapar, una única manera de olvidar y quedarse en paz. Es consciente de ello, pero tiene miedo. Se da cuenta de que es un cobarde, de que siempre lo ha sido. Cuando piensa en lo que tiene que hacer le entra un escalofrío. No quiere hacerlo, pero sabe que debe hacerlo. ¿Qué vida podría tener en el futuro, incluso aunque lograra escapar de sus compañeros?

Vaga desordenadamente por la ciudad, como si buscara algún rincón capaz de ofrecerle esa seguridad en sí mis-

mo que perdió hace tiempo, ese vórtice de energía, como lo llaman los aficionados al esoterismo, capaz de proporcionarle el valor que nunca ha tenido.

Ni él mismo es consciente de si ha sido una decisión voluntaria o una simple imprudencia, pero cruza el semáforo en rojo justo en el mismo momento en que por la avenida avanza una furgoneta que llega tarde a entregar un pedido. Y cuando le arrolla piensa que por fin, por fin, por fin, va a poder descansar.

Sin embargo no lo consigue. Es un fracasado, un perdedor que no vale para nada, ni siquiera ha sido capaz de poner fin a su propia vida. Entre nebulosas le parece oír voces que dicen que tiene que ser un milagro, porque no hay ningún órgano vital tocado. No es ése el milagro que buscaba con tanto ahínco. Intenta gritar, pero de su boca no sale ningún sonido. Desea llorar, pero de sus ojos no surge ninguna lágrima. Finalmente vuelve a sumirse en la inconsciencia, en el vacío, un vacío que si fuera consciente de él desearía que durara eternamente.

Al cabo de unos días, dos, tres, cuatro, qué importa, despierta. Pero desconoce quién o qué es ni cómo se llama. Su cerebro se ha quedado vacío y no recuerda nada de lo ocurrido. De hecho su mente se ha pasado al otro lado, al de quienes para poder sobrevivir han renunciado a la comprensión de este mundo incomprensible. Se ha salvado de la muerte, pero ha entrado en el paraíso de los locos, de los dementes, de aquellos a los que sus neuronas les volvieron

la espalda y les sumieron en eso que los psiquiatras actuales se resisten a llamar locura, pese a ser la palabra que mejor define el estado en que se encuentra. Quién sabe, quizás, después de todo, Dios, el azar, la suerte, el destino, como a cada uno le guste llamarlo, sí existe, y se ha acabado apiadando de él.

2

TRES DÍAS ANTES DE LA MUERTE DEL MENDIGO



El calor en la habitación era insoportable, pero ni siquiera eso fue suficiente para que mis cinco “protegidas”, por llamarlas de alguna manera, se largaran de una puta vez, nunca mejor dicho, y me dejaran en paz, lamiéndome las heridas. En el fondo eran buenas chicas, pese a que sobrevivían haciendo la calle, y estaban sinceramente preocupadas por mí. Y también por su negocio, claro. Las había heredado, aunque no sé si ésa es la expresión más adecuada, de un viejo amigo de otro tipo de guerras que se había reciclado en proxeneta, lo que comúnmente conocemos como un “chuloputas”. Cómo llegó a desempeñar ese oficio no lo tengo muy claro, pese a que si no me lo explicó cien mil veces no me lo explicó ninguna, sólo que cada vez que lo hacía ambos estábamos totalmente borrachos y la consiguiente resaca conseguía, indefectiblemente, que me olvidara de todo lo que habíamos hablado la noche anterior.

Ya podríamos haber encontrado, entre nuestros estertores alcohólicos, la piedra filosofal o la clave para erradicar el hambre del mundo, que no nos habría servido para nada porque a la mañana siguiente nuestra mente se encontraba totalmente en blanco. De todos modos eso pertenece a una época de mi vida ya pasada aunque, como decía sabiamente mi difunto padre, la vida es como un boomerang y cuando menos te lo esperas, te vuelve algo que creías olvidado y si no eres lo suficientemente rápido y ágil, te golpea en la cabeza haciéndote ver no sólo las estrellas sino todas las galaxias que pueblan el universo.

Tampoco se trata de que el tipo fuese un viejo compañero de universidad caído en desgracia. Cuando le conocí no era más que un ratero, un pequeño estafador que vivía de engañar a la gente, a base de labia y caradura. Le detuve unas cuantas veces, en la época en que todavía trabajaba como ertzaina, y acabé tomándole cierto cariño. En el fondo no era más que uno de esos sinvergüenzas que, curiosamente, se hacen querer por la gente, el típico amigo —porque si el roce hace el cariño, el reiterado paso por la comisaría hizo que acabáramos siéndolo— que, cuando te pide un favor, parece que es él quien te lo está haciendo y no te queda más remedio que agradecerle que haya pensado en ti como su próxima víctima. El caso es que tras muchas vicisitudes encontró su auténtica vocación laboral como protector de cinco jóvenes, dos nigerianas, una colombiana, otra procedente del Malí y la quinta una rumana, aunque esta

última hablaba un euskera que no tenía pinta de haber sido aprendido en un euskaltegi² sino mamado desde la cuna en algún baserri³ perdido de la Euskal Herria profunda.

El negocio debió irle muy bien, incluso podría decirse, haciendo un deplorable juego de palabras, que le iba “de puta madre”, hasta que unos rumanos auténticos le dieron una paliza que le envió al otro barrio. Aunque para entonces yo ya había dejado de ser policía, conseguí las pruebas suficientes para poner a los asesinos en manos de la Ertzaintza. Bueno, ésa era mi primitiva intención, pero se frustró cuando los rumanos, conocedores de mis intenciones, decidieron que el mejor modo de evitar un largo futuro como huéspedes preferentes del sistema penitenciario español era acabar conmigo. Ya se sabe, muerto el perro, se acabó la rabia. No contaron con que este perro tenía rabia para dar y exportar y no me quedó más remedio que ejercer lo que jurídicamente se conoce como legítima defensa y que yo defino como que antes de que me joda, prefiero ser yo el que les joda a ellos. Resumiendo, que fueron los rumanos los que acabaron criando malvas. Se trataba de la vida de ellos o la mía, y en casos así no tengo jamás dudas ni escrúpulos morales.

Debí hacerlo muy bien, o quizás a mis excompañeros de la Ertzaintza no les preocupaba un ardite que tres ilegales que, además, se dedicaban al trapicheo de drogas,

2 Academia de enseñanza del euskera.

3 Caserío.

los asaltos a comercios o la trata de blancas, desaparecieran repentinamente del mapa. Seguramente pensaron que Bilbao se les había quedado pequeño y necesitaban encontrar mercados más grandes y prósperos, así que no fui molestado en ningún momento pese a que para solucionar el problema infringí no sólo el Código Penal, sino el quinto mandamiento por triplicado, si no me fallan los recuerdos de mis clases escolares, tanto de Religión como de Matemáticas. No es que de repente me hubiese convertido en un asesino, eso llegaría más tarde. Sencillamente mi verborrea no fue suficiente para convencerles de que se entregaran voluntariamente en comisaría o en el juzgado y esa falta de capacidad de convicción puso mi vida en peligro. Como ya he dicho era la mía o la de ellos y, aunque acabar con un ser humano no es algo de lo que pueda sentirme orgulloso, y sé perfectamente de qué estoy hablando, cuando se trata de algo tan sencillo y primario como salvar mi propio pellejo no tengo la menor duda de lo que debo hacer: mi miserable existencia siempre está en primer lugar. Quizás no sea un asesino, al menos vocacional, pero sí que soy un tipo terriblemente egoísta.

Antes de que todo eso ocurriera había oído hablar, en alguna ocasión, de esa costumbre china según la cual, si salvas la vida de una persona, tienes que hacerte cargo de ella durante el resto de su existencia porque, al hacerlo, has roto la cadena natural de los acontecimientos y, ya se sabe, “el que rompe, paga”. Cuando escuché esa historia por primera

vez me hizo mucha gracia, incluso pensé que era una solemne gilipollez, pero de repente me encontré como el chino del cuento, con cinco jóvenes prostitutas que buscaban mi protección como si yo fuera un chulo marsellés de toda la vida. Y eso que yo no había conseguido salvar a su protector sino, en todo caso, dar un escarmiento a sus asesinos. De todos modos, en una cosa sí que tenían razón, aunque no fuera ese mi deseo, el escarmiento fue definitivo.

Aún así y pese a que mi vida nunca fue ejemplar en el pasado, y seguramente tampoco lo será en el futuro, hay una cosa que siempre he tenido clara: jamás he vivido de las mujeres. En una época de mi vida que parece muy lejana fui ertzaina, como ya he explicado, y de los buenos además. No es egocentrismo ni vanidad, sino un hecho constatado por mis antiguos compañeros y superiores, no sólo por los que me aprecian, que son los menos, sino también por los que me odian, que son una inmensa mayoría. Más tarde tuve que pedir la excedencia, al ser acusado de pertenecer a una red de pederastas, por lo que no me quedó más remedio que sobrevivir trabajando como detective, aprovechando los conocimientos y las amistades adquiridos durante mi trayectoria profesional. Fueron momentos duros, que nunca se superan del todo, pero poco a poco los fui olvidando e incluso decidí, gracias a una inesperada pero bien acogida herencia, ir limitando mis trabajos como detective hasta que los abandoné del todo. En esos momentos dirigía un bar de mi propiedad en el Casco Viejo, casi más como

diversión que como negocio, aunque sorprendentemente no iba nada mal y me servía para estar distraído buena parte de mi tiempo. Pero eso sí, jamás había vivido de las mujeres, jamás.

Aunque quizás, según se mire, eso no sea del todo exacto. Me refiero a que es cierto que nunca he vivido del dinero que me han entregado por vender no su cuerpo, como se suele decir, sino su sexo, a quien esté dispuesto a pagarlo. Pero como le ocurría a James Stewart en una antigua película del Oeste, me encontré, sin comerlo ni beberlo, con que de mí dependían, para su protección, cinco encantadoras señoritas que sólo sabían ganarse la vida de un modo, follando previo pago. Así que se puede decir que técnicamente me convertí en algo que toda la vida he despreciado, en un proxeneta.

Por lo menos, en mi defensa, puedo alegar que era un chulo atípico. No me quedaba con la pasta que ganaban ni me aprovechaba de ellas sexualmente, aunque eso admito que parece muy difícil de creer, porque hasta cierto punto, y de ahí me vienen en ocasiones los problemas, del “hasta cierto punto”, tenía mi vida sentimental solucionada. Pero sobre todo puedo decir con total sinceridad que no soy ningún chulo porque jamás en la vida les toqué ni un pelo. De ahí que ellas estuvieran encantadas conmigo y yo, por mi parte, sobrellevaba la situación lo mejor que podía, siempre con una sonrisa y procurando no perder nunca el sentido del humor.

Ése era el motivo por el que, pese al calor, las cinco estuvieran ese día intentando animarme en la habitación hospitalaria que compartía con un vejete al que acababan de operar de un cáncer de colon y que, cada vez que yo les rogaba amablemente a las chicas que se fueran y me dejaran en paz, resoplaba a modo de protesta. Incluso llegué a pensar que si no se iban pronto, el vecino cancerígeno iba a fallecer a consecuencia de un ataque al corazón y no por la evolución natural de su enfermedad. De todos modos hay algo que las mujeres que viven o, mejor dicho, sobreviven en ese ambiente, detectan a muchos kilómetros a la redonda, y es el olor a madero, porque sorprendentemente, sin comunicarse entre ellas, se pusieron de acuerdo y tras darnos unos cuantos besos y achuchones cariñosos, tanto a mí como a mi vecino de habitación, que no supo o no quiso disimular una súbita erección, al parecer la enfermedad no había mermado sus facultades naturales, se marcharon de repente sin dar más explicaciones.

Cuando segundos después se abrió la puerta, comprendí el motivo de su defección. Dos agentes de la Ertzaintza, que intentaban parecerse a un ejecutivo bancario el primero y a una estrella de rock el segundo, aunque no podían, ni seguramente querían, ocultar lo que eran, sacaron sus placas identificativas y sin pedirme previamente permiso se sentaron a mi lado, encima de la cama, y empezaron a interrogarme.

—¿Es usted Mikel Goikoetxea? —me preguntó el ejecutivo bancario.

–Ya sabéis que sí, de modo que dejaros de chorradas. Y podéis tutearme. Antes o después lo haréis, de este modo podemos eliminar esos preámbulos tan absurdos. Así que vayamos al grano. Sí, soy Mikel Goikoetxea, aunque podéis llamarme Goiko, como hace todo el mundo, y vosotros sois dos ertzainas que queréis interrogarme, en cumplimiento de vuestros deberes profesionales como garantes de la ley. Pues venga, empezad, que se acerca la hora del almuerzo y me gusta comer solo.

Los dos policías se miraron, en un primer momento perplejos y más tarde cabreados, antes de dirigirse nuevamente a mí.

–Es gracioso el renegado, ¿no lo crees así? –la pregunta se la estaba haciendo el rockero a su compañero, pero no despegó en ningún momento los ojos de mi persona.

–Sí, eso parece –respondió el ejecutivo bancario–, muy gracioso. Me pregunto si todos los excompañeros serán así o tan sólo quienes han tenido el honor de ser los garbanzos negros del cuerpo.

–Vais por mal camino, chicos –me atreví a contradecirles–. No soy ningún renegado, tan sólo estoy en excedencia, así que cuidadín, cuidadín, como dicen por ahí, no sea que pida el reingreso, me nombren vuestro superior y os meta un paquete más grande que el de Nacho Vidal. Y de garbanzo negro nada, fui rehabilitado, en su momento, con todos los honores. Fue un acto muy emotivo, preguntad en comisaría, seguro que a vuestros actuales compañeros todavía se les saltan las lágrimas al recordarlo.

—¿Seguro? —volvió a hablar el rockero, poniendo cara de sorpresa—. Por lo que yo sé ni siquiera acudiste en persona al acto de la rehabilitación del que tanto presumes. Aunque si quieres que te sea sincero, eso a nosotros nos la suda. Es cierto que saliste bien librado de aquellas acusaciones, pero eso es agua pasada y ahora tan sólo eres un civil que trabaja como detective. Y por lo que sabemos, metiéndote en asuntos para los que un detective no tiene competencias. Precisamente sobre eso queríamos hablar contigo. Más vale que nos cuentes en qué lío andas metido si no quieres perder tu licencia.

—No me jodáis, ¿qué ocurre ahora, que envían a los ertzainas más tontos de la promoción a interrogar a los ciudadanos que yacen heridos en una cama de hospital? Por mí podéis quedaros con mi licencia y hacer con ella lo que más os guste, quemarla y tirar sus cenizas al mar, fabricar con ella un canuto y fumárselo mientras escucháis una canción del Fary o arrojarla por la taza del inodoro y tirar fuertemente de la cadena, me da por saco. Hace tiempo que no trabajo de detective, pero aunque lo hiciera, si estoy aquí postrado es porque soy una víctima, ¿no?, y no un victimario. Eso es de primero de Criminología, aunque me da la impresión de que vosotros seguramente aprobaríais copiando.

Supuse que con esa reacción en lugar de disipar sus recelos los aumentaría, pero me la traía totalmente floja. Si me tocaban los cojones siempre podía recurrir a Eneko

Goirizelaia, mi viejo compañero y superior, para que les pusiera firmes. Por lo que sabía, en la actualidad era uno de los mandamases de la Ertzaintza, y yo, por mi parte, hacía ya mucho tiempo que había encerrado bajo llave esos escrúpulos morales que te impiden recurrir a las amistades influyentes. Además, qué coño, les había dicho la verdad. Ya no trabajaba como detective, hacía bastantes meses que mi única ocupación era servir, de vez en cuando, cervezas y vinos en el bar y revisar las cuentas del mismo, para poder pagar a empleados y proveedores. Incluso podría decirse que me había convertido en un pequeño empresario, de ésos que, según los discursos de los políticos, han hecho grande y próspera a nuestra amada Euskal Herria.

El que el bar no esté situado en la zona de La Palanca, clásica de la prostitución en Bilbao, actualmente con una casi mayoritaria población inmigrante, evitaba equívocos y que mis relaciones con las chicas a las que protegía pudieran considerarse parte de mi negocio. De todos modos era una batalla perdida porque prácticamente nadie, salvo el propio Eneko, se creía que las ganancias que obtenían con su cuerpo iban íntegramente a sus bolsillos. Lo que no dejaba de ser un inconveniente, sobre todo en el caso de Lola, mi novia, si es que podía calificarla de ese modo, pero en el fondo, ¿qué es la vida si no hay inconvenientes? Siempre que no sean excesivamente graves, por supuesto, que tampoco me va eso de ser un mártir. Y exceptuando de nuevo a Lola, que en cierto modo, e involuntariamente,

fue el detonante de lo que ocurrió, aunque eso ya lo explicaré a su debido tiempo.

De todos modos no trasladé verbalmente mis pensamientos a los ertzainas que habían tenido la amabilidad de visitarme. Si ellos creían que seguía ejerciendo como investigador privado, era su problema, no el mío. Aunque para ser sincero, el hecho de que me hubiesen visitado sí podía constituir, para mí, un problema. Y mi alusión a que seguramente eran los más tontos de su promoción no iba a aumentar su cariño hacia mi persona, pero debía estar equivocado al pensar eso, porque en lugar de entrar furiosos a lo que era una evidente provocación volvieron a mirarse entre sí, sonrientes, como si se estuvieran transmitiendo mentalmente que era una pena que alguien tan agradable y buen chico como yo dijera esas gilipolleces.

—De acuerdo —dijo finalmente el ejecutivo bancario, en plan conciliador—, vamos a suponer que efectivamente no trabajas ya como detective y que vives exclusivamente de lo que tus chicas te dan —al parecer los cabrones se habían informado muy bien sobre mi persona, quizás en el fondo sí que fueran unos buenos profesionales.

—De eso nada —protesté en voz alta, lo que originó una mirada de rechazo y desprecio por parte de mi vecino de habitación, que al parecer debía pensar que quien vivía de las mujeres era un tío bragado y admirable—. Ya que os habéis informado tan bien sobre mí sabréis que no les quito a las chicas el dinero que se ganan en las calles.

—Un chulo altruista y generoso. Y yo que pensaba que lo había visto ya todo, ¡qué equivocado estaba! Sé ve que tu paso por la Ertzaintza te dejó algo de poso positivo —en esta ocasión fue el ertzaina rockero quien decidió poner un tono de humor en la conversación.

—Pues sí, tengo un negocio completamente legal que es de lo que vivo, un bar en el Casco Viejo. Si queréis, antes de iros os doy una tarjeta. La primera ronda va por cuenta de la casa.

—No, gracias —respondió rápido el ejecutivo bancario—, ya era lo que nos faltaba, que nos vieran en un antro como “La taberna del viejo Goiko”. Tenemos una imagen que cuidar, no podemos permitir que la gente piense de nosotros que somos asiduos a los tugurios más arrastrados.

Estaba claro que eran dos cabrones, pero dos cabrones muy bien informados.

—De acuerdo —dije finalmente—, tanto mejor para mí, que eso de que la gente consume y luego no pague es ciertamente ruinoso para el negocio, pero si no habéis venido a que os pague una copa, ¿podrías tener la amabilidad de decirme qué cojones queréis de mí?

—¡Anda la hostia! —dijo el rockero, en lo que parecía una burda imitación de los actores que imitan a los vascos en los programas de humor de la televisión—, es verdad, ¿qué coño hacemos aquí cuando podríamos estar follándonos a una de tus putas? ¿Tú que prefieres, las nigerianas, la colombiana o la de Abaltzisketa? —le preguntó a su compañero

Así que la falsa rumana era de Abaltzisketa. Tendría que comprobar en la Wikipedia la ubicación exacta de ese pueblo, aunque estaba totalmente seguro de que no se encontraba cerca de Bilbao, sino en la Gipuzkoa profunda. Pero no dejaba de ser alucinante que mis dos nuevos amigos conocieran mejor que yo el lugar de nacimiento de una de mis protegidas. Quizás estaban pensando reemplazarme como protector de las neskas⁴. Por mí, perfecto, siempre que ellas estuviesen también de acuerdo. E incluso si no lo estaban, ya iba siendo hora de que empezara a pensar en mí mismo.

Por una vez decidí expresar oralmente mis sentimientos más íntimos, pero lo cierto es que no les hizo mucha gracia. Toda la vida exigiendo a los interrogados que digan la verdad, y cuando me animo a hacerlo, me responden con gruñidos. En esta ocasión fue el ejecutivo bancario quien, en un tono cortante, me dijo que me dejara de chorradas, que lo que querían saber era el motivo de que me hubiesen dado un buen navajazo cerca del corazón, que era precisamente la razón por la que me encontraba tendido en esa cama de hospital, así como la identidad de mi agresor.

—No lo sé —respondí, intentando aparentar sinceridad—, no tengo ni puta idea. Tuvo que ser un loco. Si me habéis investigado tan a fondo como parece que lo habéis hecho, deberíais saber que no estoy metido en nada raro o ilegal. Es cierto que hace un tiempo tuve mis problemas,

4 Chicas.

pero como ya os he comentado y sabéis perfectamente, conseguí demostrar que todo se debía a calumnias e infundios y mi nombre quedó totalmente limpio. Y así he continuado desde entonces, limpio como una patena. ¿Habéis visto ese anuncio en el que una niña mancha de un modo terrible el vestido que iba a lucir en su primera comunión, y su madre, en lugar de propinarle la ración de hostias que se merece, se pone loca de contenta porque gracias a eso va a poder usar el nuevo detergente que acaba de comprar y que va a dejar de nuevo el vestido radiante e impoluto? Pues así de limpio estoy yo, como si hubiera usado el detergente del anuncio.

Los dos ertzainas volvieron a mirarse, entre intrigados y escépticos. No acababan de creerse mi versión, normal por otra parte ya que ni yo mismo creía en ella, pero seguramente no contaban con nada para rebatirla de un modo sólido, así que finalmente optaron por el uso del sistema clásico, el de chillar cuanto más alto mejor, mientras me acusaban de mentir. Por lo visto, el hecho de que estuviéramos en la habitación de un hospital no les cortaba un pelo.

–Joder –intenté poner cara de buen chico–, ¿por qué iba a mentiros? Yo soy la víctima, ¿no? El perjudicado. El bueno de la película. Así que sería absurdo que quisiera mentiros, más bien al contrario, sería el primer interesado en colaborar con vosotros.

–Pues entonces, hazlo –me espetó, con bastante lógica, por otra parte, el rockero.

–Bueno, el caso es que –dudé, o mejor dicho, hice el paripé de que dudaba–, como os he dicho antes creo que todo ha sido obra de un loco, un tipo al que sin duda le habrá trastornado la luna llena.

–El día en que te apuñalaron la Luna se encontraba en posición de cuarto menguante –me cortó nuevamente el ejecutivo bancario.

–¿Y eso qué coño me importa a mí? –comprendí que estaba perdiendo los nervios, pero es que empezaba a estar muy harto de mis visitantes–, por mí como si se encontraba en la postura del misionero, lo que quería decir era que no sé quién me apuñaló ni conozco sus motivos. Es más, he estado pensando en el tema, como comprenderéis a mí tampoco me hace ni puta gracia lo sucedido, y creo que no existen motivos, por eso os he dicho que pienso que tiene que ser la obra de un aventado. Además, me da igual –intenté dar por zanjado el asunto–, no voy a poner ninguna denuncia, así que por mi parte está todo olvidado.

–Las cosas no son así –meneó tristemente la cabeza el ejecutivo bancario–. Si de verdad has sido ertzaina tendrías que saberlo. Es irrelevante que pongas o no una denuncia. Desde el momento en que la dirección del hospital ha comunicado al Juzgado de Guardia que ha tenido que atender a una persona con heridas ostensiblemente producidas por un arma blanca, la maquinaria policial se pone en marcha. Así que el que pongas una denuncia o no la pongas, nos la suda.

–Vale, vale, no hace falta que me deis una lección magistral de Derecho Procesal Penal, tenéis razón, y sólo estáis cumpliendo con vuestra obligación como honestos y probos funcionarios que sois, servidores de la ley y la justicia. Y debo añadir, sin que parezca peloteo, que lo habéis hecho muy bien, de un modo tan eficiente como admirable. Os habéis leído el atestado, habéis dicho eso de “habrá que hablar con la víctima” y, según lo habéis dicho, lo habéis puesto en práctica. Sólo que en este caso la víctima, es decir, mi humilde persona, por desgracia no puede ayudaros ya que desconoce tanto la identidad de su asaltante como sus hipotéticos motivos y así lo ha declarado por activa y pasiva. Incluso está dispuesto a firmar convenientemente su declaración, una vez redactada. Y ahí se acaba esa fase de la investigación, porque no podéis aplicar, contra el agredido, los mismos métodos que se utilizan contra un sospechoso.

–Salvo que el agredido sea a su vez también sospechoso –sonrió irónicamente el rockero.

–Sí, claro, salvo que sea sospechoso o sufra de almorranas, ¿por qué no? ¿Qué cojones pensáis que es lo que ha ocurrido, un intento de suicidio? A ver si es verdad lo que os dije al principio de este agradable encuentro, que ahora envían a los ertzainas más tontos de la promoción a interrogar a los ciudadanos que yacen heridos en una cama de hospital.

–Te estás equivocando por completo, Goiko –me contestó el ejecutivo agresivo. Contrariamente a lo que yo

esperaba de él, no estaba enojado, sino que daba la impresión de que se estaba divirtiendo, incluso parecía cómodo llamándome por mi apodo—. Como tú has dicho, eres la víctima. Y desde tu punto de vista tienes toda la razón del mundo. Para nosotros, en cambio, todo esto no es más que trabajo, un trabajo rutinario y aburrido. Tratar con cretinos, y tú podrías ser medalla de oro en una olimpiada de cretinismo, es francamente muy aburrido. Pero si no conseguimos resolver el caso, no nos ocurrirá nada, no habrá ninguna mancha en nuestro expediente. Al fin y al cabo en pocos días estarás nuevamente en la calle, recuperado y sin secuelas. No ha habido asesinato, ni siquiera lesiones graves, no ha habido alarma social, ningún juez nos va a presionar para obtener resultados, ningún periodista escribirá un inflamado artículo protestando por la ineficacia policial, así que vamos a hacerte feliz y olvidarnos de tu persona. El problema es que seguramente quien ha intentado matarte no será tan complaciente como nosotros. Recuerda, tú eres la víctima, una víctima que ha salido ilesa, pero quién sabe si eso no le ha gustado al agresor y está decidido a reparar su fallo. En fin, es tu problema, no el nuestro, nosotros nos vamos a limitar a respetar tus deseos y hacer mutis. Ah, y una última cosa. El comisario Goirizelaia no va a dar precisamente botes de alegría cuando le informemos del resultado de nuestra pequeña charla.

El ejecutivo agresivo no tenía sombrero, si no, seguramente se lo habría quitado y me habría saludado con él

antes de despedirse. Porque, para mi sorpresa, cumplieron su palabra y desaparecieron en pocos segundos, dejándome con la única compañía de mi vecino de habitación, al que lo sucedido le había producido un ahogo que me obligó a tocar la campanilla para que vinieran a atenderle las enfermeras que se encontraban de guardia. No estaba seguro de si el viejo libidinoso que había sido mi pareja de hecho esos últimos días conseguiría salir adelante, pero ése no era mi problema. Y no lo digo sólo por un acceso de cinismo o de falta de compasión, sino porque quien de verdad tenía un problema, como habían adivinado los ertzainas, era yo.

Les había mentado. Sabía quién había intentado matarme, y no era un loco. O quizás sí lo era, aún no tenía todos los datos, pero había algo más detrás de todo ello. El auténtico problema, al menos para mí, consistía en que desconocía por completo si el asunto se iba a detener ahí o no. Estaba seguro, casi al cien por cien, de que mi agresor no iba a intentar nada nuevo contra mi persona. La duda que me asaltaba era si lo que me había ocurrido podía considerarse un simple accidente, como quien tropieza contra el bordillo de la acera y trastabilla un poco, pero sigue su camino o si, por el contrario, al tropezar había ido a dar de bruces con un avispero y sus inquilinas, enfurecidas, se aprestaban a tomar cumplida venganza.

Y para colmo de males, los dos pipiolos que habían venido a interrogarme se encontraban bajo las órdenes directas de mi viejo compañero de guardias y fatigas Eneko

Goirizelaia. No, si con amigos de ese pelo no necesito para nada enemigos. Lo que más me dolía era pensar cómo se iban a descojonar los tres, Eneko, el ejecutivo bancario y el rockero, a mi costa, cuando le contaran cómo había sido la entrevista y lo que yo les había dicho. Volví la vista hacia mi compañero de habitación. Él no tenía culpa de nada, pero si en ese momento hubiese fallecido, creo que hasta me habría alegrado.